
EDUCACIÓN Y UTOPIÁS: LOS LÍMITES DE LA IMAGINACIÓN PEDAGÓGICA

Horacio Redetich

Introducción

Si hay un estado difícil de lograr, ese es el de equilibrio. Sobre todo en la vida social en la que el conflicto, la contradicción y el disenso constituyen la esencia de las relaciones que los hombres mantienen entre sí, con las instituciones, con el imaginario social (con los dioses, la vida y la muerte, como diría Chatelet), con el pasado y con la naturaleza. El equilibrio es algo que quizás funcione en el terreno de la física pero que en el campo de la vida social, menos previsible, no parece ser un estado ni muy usual ni muy permanente.

La vida social es eminentemente contradictoria. Los sistemas políticos siempre han sido injustos, la distribución de la riqueza desigual y, para colmo, los hombres y las mujeres han tenido la pésima costumbre -enraizada desde tiempos inmemoriales- de resistirse a todo intento más o menos arbitrario de regir sus vidas. Quizás por el desafío que presenta la constatación histórica de que el equilibrio social no ha sido una forma muy socorrida de la organización de los estados, los espíritus inquietos y desconsolados por la inestabilidad, la injusticia y la desigualdad han perseverado en crear sociedades armónicas que, como es obvio, sólo existen en sus pensamientos. El gusto por racionalizar lo caótico, por hacer de la "confusión" de la vida social un universo ordenado y eficiente siempre ha sido un desafío irresistible para las almas hechizadas por la fascinación que despierta la construcción imaginaria de sociedades equilibradas. En tal búsqueda de la perfección se han creado visiones del futuro, sociedades

imaginarias nacidas de la indignación, del desencanto o del disgusto, que a modo de denuncia frente a los desatinos de la vida social describen un futuro equilibrado, armónico y justo. Un futuro que de alguna manera remite a un pasado mítico irremediabilmente perdido pero del cual queda la esperanza, la "nostalgia" diría Mircea Eliade, por reconquistarlo en algún tiempo y en algún lugar -imprecisos e indefinidos ambos-; en una utopía. Como los dioses y como los héroes, las utopías son arquetípicas; como los dioses, los utopistas se atribuyen el derecho a crear sociedades perfectas e individuos perfectos que sirven, por un lado, para "mostrar", por contraste, las imperfecciones de la contemporaneidad y, por otro, para "señalar" un horizonte a conquistar, un camino a seguir que siempre conduce a la felicidad.

En toda utopía hay algo de admonición frente al presente, una voluntad pedagógica por enseñar que los males de la corrupción que azotan la vida social pueden corregirse modificando, nada menos la naturaleza humana y las relaciones que los hombres mantienen con las cosas, con lo divino y con otros hombres. En toda utopía, sea de tipo educativo o no, hay un fuerte contenido pedagógico, una reivindicación a ultranza de las posibilidades de la educación para modelar, de una manera distinta, el alma y la conducta de los hombres. No hay acto educativo alguno que no tenga la esperanza de provocar modificaciones en el pensamiento y en la conducta de los individuos involucrados en él. Pero esa esperanza transformadora desborda el plano individual ya que tampoco hay acto educativo alguno que no tenga la intención, explicitada o no, evidente u oculta, de transformar la sociedad a través de la modificación del quehacer y del pensar de los individuos; y esa transformación sólo tiene un lugar de realización: el futuro.

El futuro es el lugar en el que se sitúan casi todas las esperanzas políticas, la mayoría de los anhelos por transformar al hombre y a la sociedad y la casi totalidad de las intenciones de mejorar la educación. El futuro, como lo fue la "superestructura" en el marxismo académico, es una especie de "agujero negro" al que va a parar todo aquello que no se puede comprender cabalmente. En el terreno político, si aún queda algo de él luego del triunfo de la Realpolitik neoliberal y modernizadora, la esperanza por conquistar el futuro deseado va indisolublemente unida a esos anhelos por transformar al hombre y a la sociedad por medio, naturalmente, de un tipo peculiar de edu-

cación que se supone, se imagina y se desea que cumplirá funciones totalmente distintas a las del presente. Esta apuesta por la utopía, tan vigente como enmascarada por la retórica modernizadora, es tan vieja como la política y tan añeja como la esperanza.

Ficción, prospecciones, utopías y deseos

Así como sucede con esas viejas y soporíferas películas de ciencia ficción en las que tanto los equipos técnicos como los vestuarios, los escenarios y los efectos visuales resultan, hoy, un tanto ridículos, la lectura de muchas de las prospecciones que sobre la educación se publicaron hace treinta o cuarenta años despiertan, hoy, una similar sensación de desencanto. Tal impresión puede provenir, quizás, de que tanto en unas como en otras saltan a la vista, en la actualidad, las limitaciones que no hace mucho tiempo se tenían sobre lo que entonces se consideraba "el futuro". Sin embargo, y sin la menor intención de reivindicarlas, habría que reconocer que aún las menos logradas de esas películas fueron productos ficcionales, expresiones de la fantasía; una fantasía limitada, si se quiere, pero fantasía al fin.

Dejando de lado -en lo que se puede- las restricciones que lo "real" impone, la literatura y el cine han sido pródigos en la creación de excitantes visiones del futuro. En el inmenso campo de la ficción, que es el material de las artes, la fantasía permite saber dónde encontrar el Aleph, navegar hacia la Luna en el trirreme de Luciano, acompañar al profesor Hertzog en sus extravagantes recorridos interiores o estremecernos -como lo hacía Billie Holiday cuando la cantaba- al escuchar "Strange fruit".

Las prospecciones, en cambio, son el resultado de un tipo especial de investigación que se basa en cuidadosas mediciones, meditadas comparaciones, reveladores estudios de tendencia y en razonadas posibilidades de desarrollo de lo que hoy existe; parten, entonces, de la indagación sobre los datos del presente y mediante técnicas que se consideran confiables auguran sobre lo que es probable que suceda dentro de algún tiempo. En tales artificios del conocimiento la fantasía no constituye un factor relevante. Tampoco en las utopías, en las que el "afán por lo justo", como dice Martin Buber, conforma una especie de dique que no permite el desborde de la imaginación.

Los científicos, aún los científicos sociales, son poco dados a jugar con la imaginación; respetan mucho aquella vieja exhortación de Comte que los instaba a subordinar la intuición al método. Son metódicos y, por consiguiente, apegados a trabajar con cosas más o menos manejables, controlables. Sin embargo algunos de ellos, que a veces sienten la necesidad de apostar a ciegas, arriesgan en el juego de la inteligencia y asumen la responsabilidad -o la irresponsabilidad- de explorar en el futuro, en lo que aún no existe, en aquello de lo que no se puede asegurar nada pero se puede predecir mucho. Hacen prospecciones o, lo que es lo mismo, meditadosísimas reflexiones sobre lo que aún no ha sucedido pero que, se supone, tiene muchas probabilidades de suceder. A menudo se equivocan, al igual que los utopistas que con menos esfuerzos teóricos y prejuicios metodológicos recorren un camino parecido. Pero el error, en el campo de la investigación, es un excelente colaborador en la siempre compleja e inacabada tarea de la búsqueda de la verdad; una verdad siempre cambiante y siempre huidiza. Esto, en cambio, no sucede en las utopías ya que su carácter escatológico le otorga la condición de verdad en sí mismas, en verdad única, permanente y perfecta; al igual que las sociedades que describen.

Es curiosa esa pretensión por conocer lo que aún no sucede. Es una especie de desafío a la racionalidad que ha producido, desde siempre, visiones idílicas o apocalípticas sobre el porvenir. Hay muchos tipos de visiones o de previsiones sobre el futuro; algunas son inocentemente paradisíacas, otras son de una "organicidad" que raya en la náusea, otras son meditadamente armónicas, otras francamente delirantes, algunas tan sugerentes como seductoras y otras son sombrías, abrumadoras y deprimentes.

En toda idea de futuro hay una dosis, aunque sea mínima, de deseos irrealizados; algo así como una mirada esperanzadora o un intento por mitigar, en el futuro lejano, los malestares de la vida actual. Herb Addo es particularmente honesto y también, a nuestro juicio, un tanto inocente cuando escribe, en la primera frase del punto sobre "Visiones reformistas versus visiones transformistas", que "El aspecto más fascinante de imaginar sociedades futuras es que permite disfrutar momentos de felicidad. Compensa momentáneamente los 'indeseables', sentidos y percibidos, que uno experimenta en la vida real". Ese placer un tanto autista, esa compensación llena de suavidad y de

equilibrio con la que el espíritu utópico se enfrenta a la naturaleza ríspida y contradictoria de la vida social, encuentra su contrapartida en el juego literario de la anticipación de sociedades caóticas -más caóticas aún que las reales- en las que los personajes y las instituciones muestran descarnadamente su carácter confuso, contradictorio y destructivo. Las antiutopías, entonces, son feroces proyecciones de las más violentas contradicciones de la contemporaneidad, prefiguraciones de sociedades apocalípticas en las que la desilusión y la desesperanza son elementos constantes.

En muchas de las proyecciones, en casi todas las utopías y en la mayoría de los intentos por diseñar, hoy, el porvenir de los individuos, las instituciones y las sociedades aparecen, siempre, expresiones de deseos, inquietudes individuales que transformadas en proyectos de orden social se presentan como un ideal colectivo. Este es uno de los múltiples y polifacéticos aspectos del autoritarismo y uno de los más generalizados y obvios procedimientos de la dominación: hacer que los deseos y las aspiraciones individuales, personales, sean socialmente aceptados como finalidades colectivas, como proyectos sociales. Pero el deseo es una cosa que sólo funciona como tal mientras no se satisfaga; el deseo es una forma de la esperanza que en las conciencias individuales tiene la virtud de impulsar al cambio, a violentar la estabilidad y a predisponer a aceptar como normales las turbulencias del espíritu. Pero cuando los deseos individuales abandonan el terreno de la privacidad y pretenden invadir el campo de lo social modelando -a imagen y semejanza del autor- las formas de vida colectivas, pierden esa cualidad transformadora propia del deseo como emoción individual y se presentan como una forma de subordinación de lo público a lo privado. Se trata de algo muy semejante a esas modalidades del autoritarismo que Leonard Schapiro examina e identifica como el "utopismo" propio de aquellas propuestas de organización política del Estado que no atienden ni a las peculiaridades de la sociedad, ni a su historia ni a la practicidad del proyecto.

Independientemente del gusto o del disgusto que despierten, todas las visiones del futuro -sean del tipo que fueren- contienen una concepción sobre la educación. Una idea sobre el "deber ser" de la educación que, de manera explícita o no, modela el comportamiento de los individuos en vistas a promover el advenimiento de una sociedad deseada. En las utopías, generalmente, lo educativo tiene un rol claramente

prescrito: es uno de los instrumentos esenciales para cumplir el siempre prometido y siempre propuesto objetivo de transformar la naturaleza humana. Los utopistas son particularmente moralizadores, son adversos a las debilidades y los vicios a los que consideran como perturbaciones del alma producidas por la incongruencia de las formas de la organización social; de modo que la educación es considerada, a menudo, como una forma de salvación del alma humana. Como un instrumento capaz de promover la purificación del espíritu colectivo por medio de la liberación del hombre respecto de las miserias de su condición de ser social pervertido por la imperfección de las relaciones sociales a las que se ve esclavizados.

Los deseos de armonía social, de superación de las contradicciones y de "libertad" son, en sí, valores que no pueden ser seriamente cuestionados como expresiones de la aspiración por una vida social más justa. Pero cuando el deseo de homogeneidad, de armonía, es entendido como el aplastamiento de la individualidad y del disenso, cuando el deseo de eliminar las contradicciones conduce al ajusticiamiento de la dinámica social y cuando los deseos de libertad hacen que se la entienda como algo histórico y asocial, esos valores supuestamente positivos se transforman en modos perfectos de organizar una nueva modalidad de dominación y sojuzgamiento.

El núcleo utópico de los discursos pedagógicos

Hay una peculiar relación entre el campo de lo educativo y la esfera de lo utópico. Todo acto educativo, que como todo acto social se realiza en su propio presente, tiene una pesada carga teleológica: se orienta, siempre, hacia un ideal de futuro. Algo similar ocurre con los discursos pedagógicos. (Por discursos pedagógicos no entendemos sólo a los textos de los pedagogos sino a la totalidad de las reflexiones sobre lo educativo, provengan del campo disciplinario que sea o de las posiciones políticas, económicas e ideológicas que fueren). Todos los discursos pedagógicos, entonces, poseen un núcleo utópico que define un cierto "deber ser" del hombre al que la educación "modela", un cierto "deber ser" de la sociedad al que los esfuerzos educacionales se orientan y esfuerzan por alcanzar y un cierto "deber ser" del sistema educativo del cual los discursos pedagógicos se sienten

reponsables de conquistar . Todos ellos, como es obvio, situados en un futuro que no tiene ni tiempo ni lugar de realización: en una utopía, en una visión escatológica y mesiánica sobre un futuro feliz que se supone que es deseado por la totalidad de los miembros de una sociedad. Los utopistas -de eso hablaremos luego- se sienten voceros de lo que las mujeres y los hombres comunes y corrientes no son capaces de expresar. En fin, el caso es que esta perspectiva trascendentalista -que tiene que ver con las ideas de que la docencia constituye una "misión" y de que los docentes son "misioneros" o "apóstoles" de una verdad revelada que "debe ser" dada a conocer- proviene de las filosofías a las cuales las pedagogías adhieren. Las pedagogías son el lenguaje con que las filosofías reflexionan y operan sobre la educación; son la expresión técnica -aplicada a lo educativo- de las reflexiones abstractas que las filosofías aplican al hombre, al conocimiento, a la sociedad y a las instituciones, sobre todo a las instituciones educativas.

De modo que es posible levantar la idea de que toda pedagogía tiene, en el interior de su corpus de doctrina, un núcleo utópico que en realidad no le pertenece, no lo construye puesto que es propio de la filosofía a la que adhiere, pero al cual revaloriza como racional, deseado y posible de alcanzar. Toda utopía, por otra parte, posee un núcleo pedagógico que es el que le permite formular la posibilidad -y los medios operativos- de acceder a un futuro "distinto" a partir de una remodelación de las conductas humanas y de las relaciones de los hombres con la naturaleza por medio de intervenciones transformadoras sobre el papel social de lo educativo.

Pero esta no es una peculiaridad de las pedagogías; no existe teoría alguna sobre lo social que no contenga, de manera explícita o no, un núcleo utópico, aún las más "materialistas". Tampoco existe discurso pedagógico alguno que no exhiba una especie de síndrome de Prometeo, una voluntad por hacer del conocimiento (de un cierto conocimiento, para ser más exacto) el medio para lograr, de una buena vez, el hombre más adecuado para construir la sociedad más deseada.

Hasta hace unos años las cabezas de casi todos los especialistas en temas educativos -salvo algunas inteligencias excepcionales que como de costumbre eran silenciadas por el bullicio de los demás- estaban coptadas por una adherencia militante a algunas de las grandes utopías de la época. Se trataba de tres proyectos educativos -todos con valor universal- que cada uno a su modo proponía lo mismo de

diversa manera: la felicidad. Una felicidad que, como de costumbre, sólo podía alcanzarse en el futuro. Se trataba, entonces, de las tres grandes utopías educativas: dos del siglo XIX y una del siglo XX. Las decimonónicas eran, en orden de aparición, la utopía capitalista de la educación justa en sociedades injustas y la utopía socialista de la educación libre de contradicciones. La tercera, la del siglo XX -que "pasó veloz y ligera como una primavera en flor"- era la utopía de la desescolarización o de la desinstitucionalización del quehacer educativo. Las tres, para desgracia de quienes encontraban en el porvenir el lugar adecuado para relizar sus deseos, fueron asesinadas por la política precisamente en aquel "futuro" que con respecto a aquél viejo "presente" se avizoraba tan promisorio.

Quienes militaban en el frente de la utopía capitalista de la educación justa en sociedades injustas advirtieron, por fin, que para perpetuar la injusticia -que es el fundamento del capitalismo- la educación debería abandonar el sano ideal de ser justa. Supieron, a tiempo, que la aceptación resultaba la legitimización del carácter injusto de la educación resultaba menos conflictivo y más realista, más "moderno" se dice hoy en día, para aceitar los complicados mecanismos de la reproducción. Tuvieron suerte la "modernidad" acabó con varias dificultades conceptuales, entre ellas aquella de orden analítico que insistía en algo que era evidente para todos independientemente de la "ideología" a la que se sintieran adeptos; la de "crisis", entre otras. Una vez desestimada la idea de que la crisis marcaba todas las formas de la vida social, las cosas se volvieron más simples. Ya no hay que apelar a la vieja y poco confortable categoría de "contradicción" sino, simplemente, a la idea de "naturalidad" que sin duda resulta mucho menos conflictiva.

Quienes adherían a los bellos postulados de la educación libre de contradicciones, a la que se accedería tras una fuerte lucha que conduciría a la sociedad sin clases ni explotación, también se vieron seducidos por los criterios "modernos" y advirtieron la conveniencia de tornarse más pragmáticos y aceptar que una cosa son las ideas y que otro asunto, mucho más complejo, es lidiar con una "realidad" bastante poco receptiva a las grandes concepciones liberalizadoras. De cara a la dramática disgregación de aquello que en vida fueran los "socialismos reales" muchos optaron, entonces, por dirigir sus esfuerzos creativos a mejorar la calidad de las instituciones educativas operando, en su seno, todas aquellas modificaciones permitidas por

las "condiciones objetivas". Esto significó una cierta pérdida de la radicalidad pero de ninguna manera desmovilizó las intenciones por cambiar las cosas. Sólo se desdibujó el horizonte utópico; con el derrumbe de las sociedades que se reivindicaban como el paraíso de los trabajadores se derrumbaron también las esperanzas y, de alguna manera, una de las modalidades de entender al futuro.

De aquellos que se inclinaron a defender la utopía de la desinstitucionalización de la educación no hay mucho que decir; ahí quedan sus textos con sus opiniones, muchas de ellas agudísimas, otras certeras, fundamentadas y sugerentes, otras que, realmente, se acercan demasiado peligrosamente al delirio.

Los "futuribles", los "futurables" y demás neologismos hoy un tanto *demodée* de Kahn o Merello -con quien trabajamos en 1973- Así como los "horizontes", los "Escenarios posibles" y las múltiples y sofisticadas "técnicas de anticipación" parecen no haber dado los frutos que se esperaban. Los prospectólogos de hace tres o cuatro décadas -los optimistas, claro está- preveían que para la década de los años ochenta, que entonces era un futuro un tanto lejano, se abatirían los rezagos del analfabetismo y que, entre otras cosas, todo el mundo estaría prácticamente sembrado de lo que entonces se llamaban "máquinas de aprender". Antes había confianza en el futuro, también había otras previsiones que al revisarlas hoy con ese natural alejamiento que produce el tiempo (Borges decía que el tiempo es el olvido) se parecen más a una emotiva expresión de deseos que a una mesurada reflexión sobre los que las cosas pueden llegar a ser.

En el caso de la supuesta generalización de las "máquinas de aprender", los prospectólogos de aquella época (en la que ya intentaban distinguirse de los futurólogos, como sigue sucediendo hoy en día) tuvieron una cierta intuición técnica: el mundo contemporáneo -al que ellos se referían como "el futuro"- no estará sembrado de computadoras pero, en fin, hay un sector de la población que tiene acceso a los microprocesadores. El asunto interesante es que si el pronóstico técnico no fue demasiado errado, no ocurrió lo mismo con el aspecto educativo de la "prospección". El uso educativo de tales equipos es reducidísimo pero sin embargo su popularidad como juegos electrónicos bastante poco culturalizadores, por cierto, pone en entredicho el valor de la prospección. Al menos en el terreno de lo educativo.

Sobre el caso de la deseada eliminación de los rezagos del analfabetismo en la década de los ochenta, mejor es guardar un tan discreto como elocuente silencio.

En fin, tanto las previsiones optimistas como todas las utopías reivindicaban las virtudes de lo educativo como instrumento para pre-diseñar el futuro. Pero el tiempo, que todo lo somete a prueba, muestra que tanto unas como otras estaban preñadas por una intención de modelar el porvenir en función de una adherencia a un "deber ser" que, como ocurre habitualmente, jamás llegó a cristalizarse. Otras de las cuestiones que ponen en entredicho el valor de las prospecciones aparece de manera clara si uno recuerda aquella afinidad que muchos de los analistas de la educación mantenían con respecto al proyecto educativo de los países socialistas. Hace veinte o treinta años ninguno de los apologistas de la educación socialista que preveían el inminente acceso al "futuro luminoso" supuso que luego del desmantelamiento del muro de Berlín aquellos estudiantes formados en el internacionalismo, en la moral comunista, en el ateísmo científico y en el materialismo histórico y dialéctico nutrieran, como lo hacen hoy, las violentísimas bandas neonazis que actualmente asolan lo que fue el territorio de la República Democrática Alemana. En julio de 1952 el Partido Socialista Unificado, por vías de su Comité Central, sostenía que:

La escuela democrática alemana tiene la tarea de educar patriotas leales a su país, a su pueblo, a la clase trabajadora y al gobierno, que lograrán la unidad de una Alemania pacífica, independiente y democrática luchando contra los ocupantes imperialistas y la camarilla de Adenauer, que guardarán eterna amistad con la Unión Soviética, las democracias populares y todos los pueblos que están luchando por la paz y el progreso, que consideran el trabajo creativo como un asunto de honor y fama. Que aumentan y protegen la propiedad socialista, que contribuyen con todas sus fuerzas a la intensificación de la base democrática popular del poder de estado, y que están llenos de amor y confianza hacia nuestro ejército del pueblo...

Los ejemplos podrían multiplicarse sin aprovechar la contundencia del argumento de la caída de los socialismos; baste recordar que había expertos de Naciones Unidas que preveían una tendencia creciente en la inversión (o el gasto, quien sabe) en educación.

Lo que siembra dudas es el hecho de que si aquellas previsiones fracasaron, no habría motivo alguno para presuponer que las actuales proyecciones no resulten -en un futuro próximo- tan desajustadas frente a lo real como aquellas. Indagar en el futuro no es, por cierto, una tarea intelectual más compleja que cualquier otra. Lo que sí resulta particularmente difícil es lograr que el porvenir se comporte en concordancia con lo que de él se espera.

El vientre de las utopías

La incertidumbre frente al futuro es una poderosa fuerza creadora que, siempre movida por el temor, fundó las bases de la magia, de las religiones y de un sin número de artilugios del pensamiento dedicados a tratar de develar el eternamente oscuro porvenir. La propensión a conocer lo incognoscible, aquello que aún no sucede pero de lo que se supone que ya existen ciertos indicios de que pueda ocurrir, produjo sorprendentes adelantos científicos, mensajes estéticos de valor incalculable y produjo, también, monstruos políticos como el estalinismo, el nacionalsocialismo y el fascismo.

La inconformidad, el disgusto frente a lo que las cosas son, genera en ciertas sensibilidades una sensación de malestar de tal magnitud que las induce a distanciarse de las miserias de la cotidianidad y a trastocar, en el pensamiento y en el papel, las reglas del juego de lo "real" creando universos imaginarios. Mundos pensados en los que reina la armonía, la lógica y la racionalidad; la inconformidad frente al presente y la incertidumbre frente al futuro conforman el vientre de las utopías.

"¿Cómo ilusionarse con que la sociedad sin clases, aunque lejana, pueda alcanzarse en carroza con el sólo deseo del viaje?"; en la frase de don Antonio Santoni Rugiu parece encontrarse una de las llaves para reducir, al menos un tanto, esa identificación casi epidérmica "irracionalista" diría Adorno, que a menudo producen las utopías. Pero tales "construcciones del espíritu", como a menudo se las llama, tienen precisamente la peculiaridad de seducir por su simpleza, por sus dosis masivas de sentido común y porque, de alguna manera, como lo señala Morton recuperan viejos ideales populares.

Las utopías nunca son totalmente utópicas puesto que las une a la realidad una cierta inconformidad frente a lo que las cosas son. Los

utopistas siempre han sido gente inconforme que resuelve esa inconformidad por medio de la creación de universos imaginarios -generalmente islas- en lo que, a manera de lo que sucede entre un negativo y una fotografía en blanco y negro, las cosas de su contemporaneidad que les resultan desagradables se transforman, en el futuro, en todo lo contrario. Lo que es negro en el presente se vuelve blanco en el futuro y lo que era blanco se transformará en negro gracias al poder de la confianza ilimitada en el "deber ser". Toda utopía, entonces, mantiene una conexión -travestida, dada vuelta, "de cabeza" como diría Marx- con lo que las cosas son, con el mundo real. El dispositivo que los utopistas usan para modificar el mundo que les resulta desagradable, agresivo e ilógico es el de crear un mundo distinto y distante, un futuro indefinido y sin tiempo en el que gracias a su intuición todo aquello que no resulta simpático se transforma en algo agradable, apacible y racional. Frente a una sociedad contradictoria -que es lo que hace que las sociedades sean lo que son- los espíritus fanatizados por la coherencia eliminan (en su imaginación) la violencia de la contradicción y presentan horizontes armónicos. Modelos estables y ordenados que son la contrapartida de la inestabilidad y del desorden de la vida social.

Toda utopía es, también, una ucronía porque esa sociedad maravillosa, producto de esas vocaciones homogeneizadoras que caracterizan a los utopistas, no tiene ni lugar ni fecha de realización. Una utopía es una criatura del pensamiento liberado de las trabas del apego a las "condiciones objetivas" que marcan la pauta de la contemporaneidad.

Por "utopías textuales" puede entenderse, simplemente, a aquellas narraciones inverosímiles que describen con todo detalle y precisión cómo será un mundo situado en un futuro sin tiempo ni lugar que, en opinión del autor, es considerado como el ámbito de realización de una sociedad perfecta. Esto de que un tipo particular de sociedad sólo existente en un texto o en la cabeza de quien lo escribe sea considerada por su autor como un mundo perfecto, permite sostener la idea de que detrás de cada utopista se agazapa un dictador en potencia. Las utopías, como decíamos más arriba, son distintas a los deseos personales, a las aspiraciones por cambiar las cosas o a las esperanzas individuales. La diferencia radica en que mis deseos, mis proyectos y mis esperanzas no involucran ni someten a la totalidad de la sociedad;

en las utopías, en cambio, los deseos, las esperanzas y los proyectos de los utopistas dejan de ser individuales -propios del autor- y se tornan colectivos involucrando a los demás en las inclinaciones personales. Los utopistas someten a los demás para satisfacer sus propias aspiraciones, aunque este sometimiento sólo sea "literario" es, de alguna manera, una modelación de las conductas de "los otros" en función de los deseos propios. Cuando los utopistas crean un mundo al que consideran perfecto, lo escriben y lo describen, lo que están haciendo es des-historizarlo y des-socializarlo. Una sociedad perfecta no puede desarrollarse, no puede evolucionar ni involucionar, es una sociedad estancada en la perfección cuyos ciudadanos -en franca contradicción con lo que sucede en la vida real de las sociedades reales- se regodean con lo que tienen y no aspiran a modificar las condiciones de su propia existencia. Es posible que no haya forma más brutal de castrar la voluntad de cambio de los hombres o, peor aún, de la propia condición humana que la de situarlo en la confortable situación -imaginaria, naturalmente- en la que la vida se reduce a la aceptación y a la defensa de lo que los Estados se dignan otorgar. Para colmo, la mayoría de los utopistas -salvo casos tan divertidos como excepcionales- son particularmente ascéticos y frugales en lo que se refiere a modelar la vida de los demás. Todos los tiranos y todos los dictadores tienen la idea de que el pueblo al que sojuzgan se conforma con lo que ellos consideran como necesario e imprescindible y que, para colmo, habitualmente es muy poco. Todos los autoritarismos, incluidos los de los utopistas, son portadores de la rara noción de que la humildad favorece la virtud y, en consecuencia, la felicidad. No hay utopista que no quiera hacer feliz a la gente; claro está que jamás se detienen a averiguar la opinión de los demás con respecto a esta extraña y usual condición. Resulta por demás interesante esa tendencia de los utopistas a resolver, por sí mismos o a través de algún héroe paradigmático -como el caso de "el Durmiente" de Wells en "Cuando despierte el dormido" o del propio Gulliver de Swift-, los conflictos sociales por medio de la intervención de algún personaje extraordinario. Se descubre, en el fondo de las ideas de los utopistas, una especie de profundo desprecio por aquellos a los que se pretende salvar. Saint-Simón estaba convencido de que las masas obreras -"el proletariado", como bautizó con éxito a ese sector de la población- no estaba en condiciones de dirigir su propio destino; de ahí su idea de que

la organización de la futura sociedad de los industriales debía ser hecha *para* el pueblo ya que en su opinión éste es "por naturaleza pasivo, indiferente y no debe ser en ningún caso consultado".

Hay muchas utopías cuyos autores parecen haberse sometido a un riguroso estreñimiento de la capacidad de fantasear. Platón y Moro, por ejemplo. Otros, como Orwel y como Huxley, no el maestro de otro neoutopista como Wells, Thomas, sino Aldous, crearon mundos ficticios que se parecen en algo a las utopías pero que son fantasías literarias, como toda la literatura, que a pesar de haber sido consideradas como utopías son, a nuestro entender, precisamente todo lo contrario. Cuando Orwel muestra la manera en que el pasado desaparece puesto que es permanentemente reconstruido y que las posibilidades de modificar el futuro son más que escasas debido al poder del sistema totalitario que describe, abre precisamente una de las puertas más interesantes para reflexionar sobre las utopías. Las utopías son una especie de puente temporal entre un pasado perdido y un futuro que jamás se podrá alcanzar. Bacon quería que en la Nueva Atlántida los hombres fueran tan felices como lo fue Adán antes de hacerle caso a la provocadora de su mujer. En las utopías imaginadas por utopistas cristianos, sean católicos, protestantes u ortodoxos, hay una especie de intención por recobrar, en el futuro, el paraíso perdido. En los utopistas precristianos o en los declaradamente ateos o agnósticos hay, en cambio, la búsqueda de la recuperación -siempre a futuro- de las ventajas existenciales de la vida en esa maravillosa y desgraciadamente perdida edad de oro en la que los hombres éramos dioses y, por consiguiente, no necesitábamos de representaciones mistificadas. En ambos casos, sea en que nos quiera hacer volver a la dudosa felicidad del paraíso o a la edad de oro, la promesa de realización de tan venturoso estado se ubica en el futuro; pero no en cualquier futuro sino en un futuro inalcanzable.

Las utopías, entonces, nunca son totalmente utópicas ya que las une a la realidad, precisamente, esa inconformidad frente a lo que las cosas son y la esperanza de que, gracias a intervenciones que mucho tienen de mesianismo, el porvenir se vuelva promisorio. Tras todo utopista se esconde un deicida que está dispuesto a acabar con el creador y con toda su imperfecta creación y, naturalmente, a ocupar el trono vacío.

Las sociedades creadas por los utopistas son, generalmente, sociedades de control; organizaciones complejas, la mayoría de ellas fuer-

temente burocratizadas, dedicadas a supervisar las actividades de los habitantes de esas islas, ciudades o estados en las que de forma habitual se sitúan las sociedades supuestamente perfectas. La utopía de Moro es un ejemplo de esa desconfianza de los utopistas con respecto al carácter poco maleable de los individuos que ellos mismos imaginan. Cuando Moro hace que los ancianos se ocupen de supervisar las costumbres de los jóvenes, cuando hace de la vigilancia estrecha, personal y permanente un sistema de control generalizado y cuando sostiene que en esa sociedad nada puede hacerse si no es a la vista de todos, el sistema de vida de utopía no se diferencia mucho del delirante sistema de control con que Orwell metamorfosea, a partir del ojo vigilante del Big Brother, las formas estalinistas de la coacción social.

Algunas de las ordenes religiosas que cristianizaron a los indígenas americanos estaban profundamente influenciados por las poco cuerdas ideas de algunos de los utopistas de la época o de épocas más o menos recientes con respecto a su contemporaneidad. Muchos "padres" quisieron fundar "ciudades de Dios" y, gracias al cielo, fracasaron en su intento; otros lograron cristalizar sus ilusiones y fueron tan despóticos que resulta dificultoso exculparlos. Hubo caso en que el rigor de la vida en esas pretendidas sociedades perfectas llegó a tal grado que, se dice, los aborígenes sólo tenían "permiso" de hacer el amor cuando así lo indicaba el sonido de una campana que sólo tañía de vez en cuando, muy de vez en cuando -es de imaginar- en la opinión de los propios interesados. Los falansterios y todos esos intentos por volver lógica y coherente la vida social -incluidos los proyectos de vida comunal que fueron moneda corriente en los años sesenta de nuestra alucinante era- tuvieron como resultado el fracaso. La idea platónica de la república quedó en eso, en idea, y la aspiración atlántica de Bacon, como muchas otras similares, se fueron sencillamente al diablo. Como la de Morris o como la del "Reich de mil años", por suerte. A propósito de Morris, en las "Noticias de ninguna parte" -texto que comenzó a aparecer como folletín en 1890- y en relación con la idea que los utopistas tienen sobre la felicidad de los demás, la felicidad de los habitantes de Dale consistía en "la camaradería, la abundancia, el sol, el aire puro, el espacio y el placer por el trabajo", como lo anota Morton.

Algo más sobre las utopías y los utopistas

Decíamos que las utopías "textuales" eran aquellas descripciones que presentaban, con todo detalle, las particularidades de una sociedad deseada. Cioran sostiene y argumenta la idea, típicamente suya pero también compartida por nosotros, de que "la literatura utópica es la más repugnante de las literaturas". Tiene buenas razones para decir lo que dice, sobre todo porque como literatura, las utopías "textuales" no resultan elaboraciones ficcionales realmente relevantes. Pero aparte de estos asuntos, existen también las que se podrían llamar "utopías ideológicas" que son aquellas perspectivas de futuro que aparecen apenas esbozadas en los proyectos políticos y en los discursos que los legitiman. Se trata de concepciones generales sobre el "deber ser" de la vida social que, a diferencia de lo que hacen las "utopías textuales", no son explicitadas con precisión pero que no por ello dejan de ser "modelos". Así, por ejemplo, se podría entender que los economistas de inicios de siglo XIX definen un horizonte deseado de lo que, desde las proyecciones, las expectativas y las esperanzas que los mueven o conmueven, sería el desarrollo del capitalismo. La libre convergencia en el mercado, el pleno empleo, el equilibrio en las curvas de oferta y demanda, la libertad de comercio y de contratación, la concepción del Estado como administrador, la confianza en el progreso y en el desarrollo de la industria y el comercio constituyen, en alguna medida, elementos que delinean el "deber ser" del futuro del capitalismo. Son, también, concepciones que alimentan su ideología o, mejor dicho, partes de la "ideología teórica" que legitima las formas de la producción y de la dominación que son propias de ese modo de organización política y económica de la vida social.

Las obras de los llamados "utopistas franceses" - a los que Engels de alguna manera impugna al calificarlos de esa manera- reivindican la idea de progreso que, desde el siglo XVIII, ya venía desarrollándose y adquiriendo nuevas y más precisas connotaciones. En la propia idea de progreso existe, habitualmente, un fuerte contenido utópico que tiende a establecer ciertos lineamientos a la manera de estrategias para la conquista de un "futuro deseable" (un "futable", como dirían los prospectólogos) que tiene la peculiaridad de ser adoptado por las más diversas y contradictorias concepciones sobre la vida social. Las "utopías ideológicas" de corte capitalista adhieren a su propia

reinterpretación de la idea de progreso, también lo hacen las "utopías ideológicas" de factura socialista. En ambas propuestas de desarrollo social se encuentran estos elementos de orden utópico que, de manera general, como horizontes difuminados pero como horizontes al fin, señalan un objetivo a alcanzar, una meta que es la proyección al futuro de lo que el presente señala como lo que es digno pretender conquistar.

Las ideas liberales del siglo XIX comparten con el socialismo de la época, entre otras cosas, su fascinación por el desarrollo de la tecnología y una ilimitada confianza en la capacidad de la educación para formar a los hombres que la era tecnológica requiere. En ambos proyectos se advierte, también, otra identidad: tanto las concepciones de futuro del liberalismo como del socialismo son particularmente cuestionadoras de la educación de la época, en una y en otra hay ásperas críticas a la ineficacia de las instituciones educativas. Pero ambas, paradójicamente, consideran que "educación del futuro" (y aquí, quizás, haya que entender que se trata de la educación que se instaurará en las sociedades perfectas) tiene inmensas capacidades formativas. Ambas modalidades de entender el mundo, si bien tienen diferentes concepciones sobre el futuro, demuestran una idéntica afiliación al progreso como elemento clave para el desarrollo y la consolidación de sus propios proyectos sociales. En ambas concepciones sobre el futuro la educación juega un papel preponderante como instrumento de cohesión social; tales ideas -la de cuestionar las formas contemporáneas de la educación y, a la vez, confiar en que lo educativo puede constituirse, en el futuro, en un medio eficiente de creación de consenso así como la de insistir en la capacidad *potencial* de la educación como para cambiar las cosas- ha marcado con fuego buena parte de los discursos pedagógicos; pero lo ha marcado de una manera muy particular: a lo educativo se le otorga cualidades transformadoras *en el futuro* mientras se mantiene, con respecto a la educación del presente, un marcado tono cuestionador. En un viejo texto de la SEP que precisamente trata de la "Educación para el cambio" se sostiene -sin que esto sea para nada novedoso- que "todo educador sabe que su tarea es modelar el futuro...". La frase, como la mayoría de las que engalanan los discursos políticos sobre la educación, no sólo llama la atención por lo cursi sino también porque como muchas otras cosas que han sido repetidas *ad nauseam* pierde su verdadero sentido. Las ideas que sobre el futuro existen en las cabezas de cada

individuo, en este caso de cada "educador", por fortuna son distintas ya que expresan las aspiraciones, los deseos y las esperanzas individuales. La frase oculta mucho más de lo que dice pero sugiere la idea de que el futuro es uno y único; se trata de un llamado a asumir como propia la concepción que sobre el porvenir levanta el proyecto político hegemónico. Se trata de crear consenso por vía de la subordinación de las expectativas del individuo a las exigencias políticas del "proyecto". Tanto en la utopía capitalista de la educación justa en sociedades injustas como en la utopía socialista de la educación libre de contradicciones de las que hablábamos antes, lo educativo adquiere la condición -tan negada por los discursos sobre el tema como evidente en la práctica- de medio de articulación entre la esfera de la dominación y la esfera de la producción. Los sistemas educativos *sirven* para consolidar los proyectos políticos creando consenso respecto a las formas de la dominación y, también, *sirven* para adiestrar a la fuerza de trabajo a las condiciones de la producción. Esta articulación que lo educativo establece entre la política y la economía es, en realidad, la forma más común de funcionamiento de los sistemas educativos; lo que en todo caso resulta interesante es que los discursos utópicos sobre el asunto no pueden desprenderse de tal contacto con lo real y, de una u otra manera, lo reproducen constantemente a pesar de que "critican" la funcionalidad de las formas de la educación de su propia contemporaneidad. Ahí puede encontrarse, también, otra de esas extrañas conexiones que las utopías mantienen con lo real. Quizas también pueda encontrarse el modo en que los discursos políticos que pretenden distanciarse de todo utopismo apelan, con la finalidad de resultar más convincentes, a dispositivos retóricos de orden utópico para resaltar su supuesta viabilidad. Pero ese es otro tema.

La utopía saintsamoniana de la sociedad industrial es, como muchas otras, una utopía autoritaria en la que los científicos y los técnicos enmascaran su condición de clase dominante detrás de una perspectiva altruista con respecto al pueblo. Algo semejante se encuentra, mucho antes, en la concepción que levanta Platón en *La República* con respecto a los filósofos como únicos gobernantes lúcidos de la polis. En estas concepciones sobre las sociedades deseadas o perfectas o imaginarias o lo que se quiera, lo educativo siempre es una pieza fundamental en la tarea -imaginada- de resguardar las particularidades del proyecto utópico. No deja de ser contradictorio el hecho de que los

utopistas, tan dados a los cambios sociales, no le concedan a la educación capacidad alguna como para transformar la vida social; el hecho es contradictorio pero no es inexplicable: los utopistas son partidarios del cambio social de las sociedades reales, pero son refractarios a los cambios sociales en el interior de las sociedades que imaginan. Para Saint-Simón, como después lo será para Comte, la educación es considerada como el instrumento esencial para formar a los "industriales" en las maravillas de la tecnología y de las ciencias aplicadas, para Marx la educación del proletariado, tan independizada del Estado y del clero como ajena y libre de las contradicciones propias de la educación burguesa, conformará el medio político más idóneo para crear ese hombre multilateralmente desarrollado que constituye el "modelo ideal" del proyecto utópico del comunismo. Moro entendía que la educación era el modo a través del cual la comunidad de utopía se beneficiaba con el desarrollo de los individuos; para Bacon, que tenía la utopía de que los intelectuales de la Nueva Atlántida estuvieran generosamente pagados y distantes de las preocupaciones por ganarse el sustento, la educación era algo así como la fuerza motriz de la sociedad.

Los utopistas, en definitiva, son críticos de las formas reales de la educación pero adeptos a las formas imaginarias de organizarla. Frente a los sistemas educativos reales levantan la idea, por lo general certera, de que no son útiles para favorecer el desarrollo de la sociedad les quitan, así, la cualidad de ser -como se dice a menudo- "instrumentos de cambio" de las sociedades de las que son contemporáneos. Pero los utopistas son, también, visionarios convencidos de que gracias a quién sabe qué extrañas artes los sistemas educativos, en el futuro, servirán para lo que ahora no sirven. Esta es una figura típica del pensamiento utópico que debido a su funcionalidad ha sido recogida por muchos críticos, analistas y políticos dedicados a reflexionar sobre lo educativo. La funcionalidad está en que esa confianza depositada en el futuro conduce a mirar positivamente y a respaldar ideológicamente cualquier modificación, por imperceptible o gatopardista que sea, en tanto es entendida como un "avance" en la dirección esperada. Una dirección que, como es posible constatar repasando la conflictiva historia de las relaciones de lo educativo con los proyectos culturales hegemónicos, no la marca ni la pedagogía ni la planificación educativa sino que se resuelve en el cenagoso terreno de las confrontaciones por el control del Estado. Esas formas del pensamiento utópico,

entonces, sirven también -como "subproducto", podría decirse- para legitimizar o al menos para avalar una cierta desatención con respecto al presente que es sustituida por una firme convicción -tan vieja como reiterada- de que las cosas van a cambiar. Y van a cambiar para bien.